

Filosofía para pensar por la calle (La Filosofía que nunca me enseñaron)

José Segovia Pérez

Capítulo 1. Introducción. Filosofía para pensar por la calle

1. ¿Por qué un título así?

Siempre se me hace difícil empezar a hablar de cualquier cosa, y de filosofía en particular. Ya está todo dicho. En otros libros. Y mejor dicho. Como precisa Umberto Eco, todo libro habla de otros libros; los libros hablan entre ellos. Entonces, ¿para qué escribir más?, ¿para repetir lo que otros han dicho? Sin embargo, aceptar eso sería renunciar a escribir o a recordar o a relacionar; y eso es la parálisis.

La escritura o la vida, decía Semprún. En esa línea, yo escribo porque cada vez que escribo, pienso y siento y recuerdo y, por tanto, existo, vivo.

Por otro lado es verdad lo que dice Farrington: la Historia de la Filosofía es una serie de apostillas a la Filosofía de Platón. Pero pasa con ellas lo que con las *Apostillas a El nombre de la rosa* de Umberto Eco: son más interesantes que el propio texto del libro.

El título de estas líneas, Filosofía para pensar por la calle, encierra una triple provocación:

- “Filosofía”: algo “in-útil” en estos tiempos; como diría El Gallo, el torero, ante la profesión de Ortega, por raro que parezca, “hay gente pa´to”.
- “para pensar”: pensar es reflexionar, volver uno sobre sí mismo y buscar a ver qué encuentra; es una llamada a la “vida interior”, algo muy raro hoy en que se vive volcado a las sollicitaciones exteriores. Se piensa poco porque solo se piensa con palabras y el léxico de la gente es cada vez más escaso ya que solo se alimenta de imágenes que son autorreferentes. Se agotan en sí mismas. Aunque la perspectiva es muy diferente, casi sucede lo que relata García Márquez al comienzo de *“Cien años de soledad”*: las cosas eran tan nuevas que no tenían nombre y había que señalarlas con el dedo.
- “por la calle”: patética imagen de soledades en compañía que se rozan y no se miran porque “el otro” no existe.

El libro aborda una serie de tópicos de la Historia de la Filosofía sobre los que se pasa volando, por la cáscara de una erudición desgastada por los siglos y los profesores y repetida sin entenderla en millones de exámenes escolares que solo valen para certificar un aprobado de dudosa validez.

Por otro lado, en mi ayuda viene, como casi siempre, Albert Camus, cuando afirma en el capítulo 3 de *El primer hombre*, refiriéndose a Malan¹, su maestro de Filosofía en el Liceo de Argel donde estudió, que

“lo admiraba sin reservas, porque Malan, en los tiempos en que los hombres superiores son tan adocenados, era el único que tenía un pensamiento personal, en la medida en que es posible tenerlo, y en todo caso, bajo una apariencia falsamente conciliadora, una libertad de juicio que coincidía con la originalidad más irreductible”.

Lo que yo exponga será acertado o desacertado, bueno o malo, pero será apasionado; una defensa apasionada de la razón práctica, es decir, de la razón aplicada a la transformación de lo real, sobre todo cuando uno abre los ojos y descubre que lo real no le gusta nada.

Le sirve de portada un primer interrogante: ¿Filosofía para qué?

2. El tema de nuestro tiempo: Filosofía... ¿para qué?

Cuenta un chiste moderno que van tres personas en un coche: un filósofo, un físico y un informático; el coche se avería y los tres comienzan a analizar la situación para encontrar una solución. Sin duda, dice el filósofo, el motor ha dejado de cumplir el fin, la entelequia, para el que estaba construido (“el motor mueve el coche porque tiene la virtud movedora de él”, diríamos en una “moderna” interpretación libre de Aristóteles); magnífico diagnóstico, pero redundante, circular e inútil. Probablemente, enumera el físico, ha fallado algún servomecanismo o falta gasolina o se ha roto el embrague, o ha fallado la caja de cambios, o se le ha acabado la batería, o... Diagnóstico técnico abrumador pero ineficiente. Lo mejor es que apaguemos el motor, bajemos del coche, volvamos a subir y encendamos de nuevo el motor de arranque, sentencia el informático; estúpida maniobra ciega del proceso de ensayo y error... pero a veces funciona, eso sí, sin saber por qué.

Ver manipular a un informático en un ordenador averiado es espectacular: no deja de ensayar una y otra vez, y cuando por fin consigue reparar el ordenador no le preguntes qué ha hecho, porque sus algoritmos varían cada vez y te responde que él ha cumplido su misión: reparar la máquina, pero no le preguntes por qué ni cómo. Es el método

¹ Un sosias de Jean Grenier, escritor, filósofo y profesor en dicho Liceo.

de ensayo y error practicado de modo paroxístico sin un propósito fijo; quizás ese sea, presentado de forma un tanto esperpéntica, un signo de nuestra época.

La ausencia de reflexión, el hacer por hacer, estar viendo a la vez tres películas en la tv, haciendo “zapping”, expoliando todos los detalles “con sus inútiles matices de significado” en pro del meollo de la línea argumental básica. Es la rapidez, el goce banal y frenético en lugar del disfrute, de la “fruitio” gozosa, porque aquí es donde está de verdad el placer: el paisaje de la Toscana al margen de la trama argumental de la película, el color de los limoneros que uno se imagina volviendo de oro las aguas del Guadalquivir, “sentir” a través de la lectura el olor de la tierra mojada o la cara nueva de las cosas recién creadas en el Macondo inventado por García Márquez, el viaje minucioso antes de llegar a Ítaca, en definitiva, esos “inútiles matices de significado” que los adjetivos proporcionan y cuya eliminación significa la poda del pensamiento que pretende la “neolengua” de Orwell en su obra *1984*, porque quien elimina las palabras elimina también el pensamiento y un pueblo sin lenguaje es un pueblo sin pensamiento y un pueblo sin pensamiento es un pueblo esclavo. Ya sabemos, porque nos lo dijo Brecht, que el libro es un arma y que la Filosofía es el arma de la revolución según Althusser.

Y, ¿cómo algo teórico y en apariencia “in-útil” puede ser arma de la revolución?; y si la revolución es una transformación de lo real, ¿cómo esa transformación la puede propiciar una reflexión? Por algo muy sencillo: para poder llevar a término algo hay que tenerlo claro en la cabeza. Los filósofos medievales decían de vez en cuando cosas muy sensatas, como que lo primero en la intención es lo último en la ejecución y no al revés... si se quiere ser eficaz. Es verdad: en el principio era el “verbo”, la representación mental de la cosa que luego se transforma en palabra, y después la acción, como decía Goethe. La verdad es que, a la manera kantiana, la reflexión solo es razón teórica y la acción es razón práctica. No son dos razones –dos facultades- distintas sino dos usos distintos de la misma razón humana única, como el propio Kant se encarga de aclarar.

Los filósofos también se han planteado cosas muy sofisticadas e inútiles cuando no aberrantes. En el siglo posterior a Tomás de Aquino, el XIV, los escolásticos decadentes discutían cuántos ángeles cabían en la cabeza de un alfiler, cuestión vacía, pues la cabeza del alfiler, por pequeña que sea ocupa un lugar, mientras los ángeles, dicen, son inmateriales; les preocupaba en algunas ocasiones si la mujer tenía alma (en el sínodo de

Macón, 585, se planteó esta cuestión, si bien bajo la sutil figura de discutir si a la mujer le conviene el género “homo” como propio), si Adán y Eva, como no procedían de mujer tenían ombligo o no, si el ser calvo le hace a uno más listo porque hay menos impedimento para que salgan las ideas, y si eso refleja que los hombres son más inteligentes que las mujeres porque son más calvos...

Algunas de estas aberrantes y machistas elucubraciones las detalla Thomas Browne², pero no nos interesan para nada esas disquisiciones típicas de toda decadencia, aunque no debemos obviar el intentar refutarlas con todo empeño, pues hay cuestiones más relevantes porque son menos risibles y porque siguen intentando influir seriamente en las sociedades civiles del día de hoy:

- debe someterse la sociedad civil a la religiosa?
- ¿Tiene potestad la sociedad civil para legislar al margen de o en contra de las sociedades religiosas?,
- ¿existen los milagros como “suspensiones temporales” de las leyes físicas?...

Sin embargo, hay otras cuestiones filosóficas que ya no rayan la demencia, el profetismo, el integrismo religioso fundamentalista o la mera cretinez; pero son cuestiones eruditas, relevantes e importantes solo para “los especialistas”: por ejemplo, si en todo ser la esencia y la existencia se distinguen en la realidad (“cum fundamento in re”) o solo se da en ellas una distinción de razón, aunque esta pueda ser racionante o racionada y esta, a su vez, racionada mayor o menor (perfecta o imperfecta), como se aventuraba a inventar el Doctor Eximio, Francisco Suárez, en el siglo XVI; pero esas erudiciones no valen de nada si no se pueden explicar después al común de los mortales en un lenguaje susceptible de la comprensión humana común, ese que la ciencia hace ya muchos años, desde Heisenberg, hacia 1930, ha abandonado.

Pues bien, a pesar de todas estas cosas o precisamente por ellas, porque nos ayudan a pensar, a discernir, que no es otra cosa que criticar, aunque parezca mentira y suene raro, para mí, como para Boecio, la Filosofía es una consolación.

² Thomas Browne, *Sobre errores vulgares o Pseudodoxia epidemica*, Siruela, Madrid, 1994

Sin embargo, mi intención es prescindir aquí de las cuestiones de mera erudición y recalar en aquellas que tienen verdadera influencia directa en la vida práctica.

Lejos de las tiranías de las escuelas filosóficas, del papel de soporte ideológico de todo tipo que le han obligado a jugar, aquel que empujaba a Marx a sostener que la Filosofía era la “superestructura ideológica” de cada formación social, forma errónea de conciencia mediante la cual se hacía el análisis “políticamente correcto” de cada realidad, a pesar de todo ello, digo, la Filosofía encierra un acervo mucho más rico, útil, “general”... e incómodo.

3. La Filosofía y lo útil.

En la naturaleza nada existe en vano, decía Newton, aunque todo lo hace de la manera más simple posible. En lo que no es naturaleza, es decir, en todo lo que ha hecho nuestra especie, ¿sucede lo mismo? Casi todos aceptamos que hay cosas que ojalá no existieran: el gas sarín, cuya absoluta inutilidad industrial nos hace ver que su invención es meramente sádica y destructiva, es uno de esos casos; las armas, la violencia de género, la contaminación atmosférica, la explotación del hombre por el hombre... son otros ejemplos.

Un herrero fabrica herraduras y nadie le pregunta para qué valen porque su oficio nació de una necesidad. El zapatero, igual; y el panadero, el carnicero, el ingeniero... Y la Filosofía, ¿nació también de una necesidad?

Como he dicho antes, cuando al torero Rafael “El Gallo” le presentaron al filósofo Ortega y Gasset le preguntó cuál era su profesión. Contestó que filósofo y “El Gallo” apostilló: ¡”ozú”, hay gente “pa’ to”! Lo mismo o parecido dice Pitágoras en la primera definición de filósofo que se conoce en la historia. A la pregunta acerca de lo extraño de su profesión respondió con un símil de los Juegos que se celebraban en Grecia: a los juegos van los que organizan las pistas, los que venden las entradas, los que cuidan del orden, los que venden bocadillos, los forofos, los que compiten en busca del premio..., pero hay una clase de gente peculiar que va allí, mira y observa lo que ve y “lo interpreta”.

A primera vista parece una profesión inútil. No me extraña que cuando le dije a mi padre que iba a estudiar Filosofía, él, que no había estudiado, me preguntase: ¡pero hijo!, ¿de eso se come? Algo parecido le sucedió a

mi amigo Luis Gómez Llorente, que estudiaba Derecho y al decirle que se pasaba a Filosofía su padre le preguntó: ¿pero eso es una profesión?

Podemos, pues, preguntarnos: *¿Filosofía... para qué?*

4. El objeto de la Filosofía.

La Filosofía no es ni más importante ni menos importante que otras actividades humanas; es... simplemente, distinta. ¿Por qué? Pues porque su objeto no es medir o contar como la matemática, y tampoco es el reino de la metáfora, reino de la ambigüedad y la evocación, terreno acotado de la literatura, ni el de la creencia, reino mágico de la teología.

Esa absurda división que se operó en la cultura occidental a partir de la revolución científica del siglo XVII entre ciencias y letras tiene un fundamento espurio que fue la necesidad de ubicar en el ámbito de la enseñanza universitaria a un conjunto de saberes que había nacido al margen de la Universidad y en contra de la doctrina escolástica dominante de manera retardataria en la mayoría de las Universidades.

Sabemos cuántas son dos y dos; sabemos que para que un cohete escape a la atracción de la gravedad terrestre hay que comunicarle una velocidad de 11 kms. por segundo; sabemos que la aceleración de la gravedad es de 9,8 metros por segundo cada segundo; pero ¿podemos responder quién y para qué se ha hecho el mundo?³, ¿qué es lo bueno?, ¿existe el mal?, ¿hay una sociedad justa de por sí?... Veamos el catálogo de cuestiones que aborda la filosofía e intentemos clasificarlas dentro de la cuadrícula estrecha de la organización habitual de las ciencias y las letras al uso en la cultura occidental:

“¿Está dividido el mundo en espíritu y materia? Y suponiendo que así sea, ¿qué es espíritu y qué es materia?... ¿Está el espíritu sometido a la materia o está dotado de fuerzas independientes? ¿Tiene el Universo unidad o finalidad? ¿Está evolucionando hacia una meta? ¿Existen realmente leyes de la Naturaleza, o creemos solamente en ellas por nuestra innata tendencia al orden? ¿Es el hombre lo que le parece al astrónomo, a saber: un minúsculo conjunto de carbono y agua, moviéndose en un pequeño e insignificante planeta? ¿O es lo que le parece a Hamlet? ¿Acaso las dos cosas a la vez? ¿Existe una manera noble de vivir y otra vil, o son todos los

³ Más adelante comentaremos la famosa polémica entre Bertrand Russell y el jesuita Copleston en la BBC, en 1948, sobre esta cuestión.

modos de vida meramente fútiles? Si hay un modo de vida noble, ¿en qué consiste y cómo lo realizaremos? ¿Debe ser eterno lo bueno para merecer una valoración, o vale la pena buscarlo, incluso en el caso de que el Universo se moviera inexorablemente hacia la muerte? ¿Existe la sabiduría, o lo que parece tal es solamente un último refinamiento de la locura?”

Cuestiones como ésta, que se encuentran al comienzo de la *Historia de la Filosofía Occidental*, una obra de Bertrand Russell, no hallan ninguna respuesta en un laboratorio. Las teologías han pretendido dar respuestas, todas demasiado concretas, pero justamente su precisión hace que el espíritu moderno las mire con recelo.

Dice Russell que el estudio de estos problemas aunque no los resuelva, es misión de la filosofía.

Ese tipo de preguntas nos hace recordar la trayectoria personal del primer filósofo reconocido por la historia, Tales de Mileto (s. VI a.c.), a quien, con los modernos criterios profesionales de nuestra sociedad, no sabríamos clasificar, pues fue comerciante, matemático, agricultor, astrónomo, ingeniero, filósofo y poeta.

La respuesta satisfactoria a todas las preguntas anteriores y a algunas más, nos permitiría vivir con la tranquilidad de saber lo que realmente somos, la realidad en que estamos. Pero habría que convenir dos cosas: que ello es imposible y que sería infinitamente aburrido un mundo así.

Si Heidegger decía que el aburrimiento es tomar conciencia del resbalar del ser hacia la nada, hacia la muerte, habría que corregir la frase en el sentido de que el aburrimiento será tomar conciencia de que todo se sabe, no hay novedad, todo está predicho. El mundo así, matematizado del todo, "formalizado del todo", sería ese cuento shakesperiano narrado por un idiota al que alude Lewis Carroll.

La esencia de la vida humana es el conflicto; conflicto personal entre los impulsos y las prohibiciones, entre lo que se quiere saber y lo que se puede, entre lo que se necesita y lo que se tiene, entre lo que se desea y lo que se debe; conflicto también entre grupos, entre las diversas concepciones, ideales, intereses, etc.

Dicho de manera brutal, sin problemas no podríamos vivir. Necesitamos una determinada dosis de estrés, de estímulos que nos empujen a vivir. Es el fin de la tribu que tiene a King Kong como enemigo; defenderse de él es el objetivo de su vida. Cuando el gorila gigante desaparece, el objetivo de la tribu también y cae en una crisis que da al traste con su organización social. Si todos pensásemos igual, sintiésemos igual, quisiésemos igual, si no tuviésemos dilemas, problemas, conflictos, rivalidades, competencias, por paradójico que parezca, sería la uniformidad en todo, la inanidad de la muerte.

Desde que nuestra especie perdió el paraíso, es decir, desde que adquirió conciencia de sí mismo a través de la razón, perdió su inocencia pero ganó su libertad. Un precio terrible, pero esa es nuestra condición humana. Algo de ello apunta Aldous Huxley en *Un mundo feliz*, un mundo que es todo menos feliz.

Por otro lado, no parece que este mundo tenga un propósito discernible. Si lo tuviera, sería indiscutible para todos como lo es la ley de la gravedad, pero las opiniones acerca del asunto son dispares, por lo que no constituyen una ley, que siempre se formula a través de un enunciado universal, necesario y comprobable.

Más bien puede concluirse que el propósito debemos buscárselo nosotros y no deberíamos encontrarlo muy lejos de los instrumentos que nos permitieran reducir el nivel de conflicto, de enfrentamiento, de rivalidad, de odio, buscando otra vez, pero ahora como una utopía, la vuelta a ese paraíso perdido de nuestra segunda inocencia. Nuestra especie necesita saber que el carbón es el número 6 del sistema periódico de los elementos, pero también quiere saber que el carbón es "el total reverso de la nieve", que afirmaba Neruda. Es la "poesía necesaria como el pan de cada día" de Celaya.

Lo ha intentado nuestra especie a lo largo de su historia: el arte, la literatura, la ciencia, la técnica, las religiones, la política, la cultura, etc., algunas de las cuales son muy poco útiles desde el punto de vista material, son buena prueba de ello. El conjunto de todo lo anterior, en cada época, nos daría una idea de lo que para esa época ha sido la realidad, el mundo, lo circundante y cómo ha perseguido, en teoría, no un mundo feliz pero sí mejor.

5. La reflexión de la Filosofía sobre "la realidad".

Mal que nos pese, y puesto que estamos en el ámbito de la filosofía, debemos introducir el bisturí racional y dejar de lado todas aquellas concepciones de la realidad en las que no se entienda ésta como "lo objetivo".

Dejamos así a un lado las concepciones poéticas de la realidad, lo cual ya de por sí es arriesgado, porque ¿quién nos asegura que no es más real lo poético que lo científico?; pero convengamos en que lo que entendemos por realidad debe fundamentarse no tanto en vivencias subjetivas cuanto en afirmaciones cuya objetividad radica en la posibilidad de comprobación.

Digamos ahora que quien más ha trabajado en este terreno último ha sido la ciencia, que del mar insondable - como dice Locke - de la realidad ha objetivado aspectos parciales. Nuestra vida, en el siglo XXI, depende casi enteramente, desde el punto de vista de la supervivencia material, de los avances científicos y de los logros tecnológicos.

Simplemente, con la desaparición de un elemento de nuestra tecnología como el hierro, tendríamos que volver a la época de las cavernas. Más que nunca, hoy el mundo, que ya sabíamos que era esférico y ahora es "global", parece en manos de los "tecnócratas" o de los "ingenieros financieros" que estafan impunemente - ¡impunemente!- a todo el mundo -¡a todo el mundo!- . Y sin embargo, cuando Popper compara los resultados de las ciencias con lo que es la realidad, afirma que la ciencia es como un edificio asentado sobre un pantano, la realidad, de profundidad desconocida pero siempre inalcanzable; la ciencia es cada vez más segura, hunde más profundamente sus cimientos en el pantano, pero nunca podrá alcanzar el conocimiento exacto de la realidad - al menos eso nos parece hoy en el siglo XXI - porque la realidad, como afirmaba Jaspers, es inabarcable.

En la misma línea, Bertrand Russell afirma que el hombre debe estar orgulloso del conocimiento que posee acerca del mundo y la realidad, pero no se debe olvidar que si la realidad es un océano, la ciencia - conocimiento objetivo - sería como un conjunto de pequeños trozos de corcho flotando en ese océano. Nada. Y sin embargo, algo tan grande como para ser capaz de eliminar el hambre del mundo o destruir éste mediante la ruina ecológica o una explosión nuclear.

Y eso que hablamos de la ciencia. Si nos adentramos en otros pantanos como intentar definir el tipo de sociedad justa, si la violencia es lícita

contra los violentos, si puede haber alguna norma ética común para todos, por qué las religiones han sido históricamente factores de enfrentamientos sociales en lugar de elementos de concordia, si la Historia tiene un fin..., veríamos entonces que el acuerdo no existe y que la historia humana es la historia del perenne conflicto entre formas de afrontar la vida.

Por todo lo anterior cabría asegurar que cualquier afirmación que comience por "la realidad es...", será tan inexacta, o al menos discutible, como ese otro tipo de generalizaciones del estilo de "los españoles somos ingobernables", "todos los españoles son toreros o bailaoras", "los ingleses son pérfidos", etc. Pero nada nos debe impedir que intentemos definir una y otra vez lo que es la realidad, si se la puede conocer, cómo debe ser lo bueno -al menos, lo que es para cada uno de nosotros -... Por tanto,

“el valor de la filosofía debe ser buscado... en su real incertidumbre... El disminuir nuestro sentimiento de certeza sobre lo que las cosas son aumenta en alto grado nuestro conocimiento de lo que pueden ser; rechaza el dogmatismo... de los que no se han introducido jamás en... la duda liberadora y guarda vivaz nuestro sentido de la admiración”⁴.

Esta afirmación de Russell guarda íntima relación con la tradicional afirmación socrática de que la ignorancia es el principio de la sabiduría, pues no hay mayor sabiduría que tener conciencia de lo que se ignora. Solo esta conciencia de lo que se ignora propicia que estemos en disposición de eliminar esa ignorancia a través del conocimiento.

6. La filosofía y el comienzo de la “razón” humana.

Decía Shakespeare en *Julio César* que

“Los hombres muchas veces son dueños de sus destinos; la culpa, querido Bruto, no está en nuestras estrellas, sino en nosotros mismos, que somos despreciables”.

Casi lo propio dice Woody Allen en la obra que dedica a su propia “deconstrucción”, *Desmontando a Harry*:

⁴ B. Russell, *Los problemas de la filosofía*, Labor, Barcelona, 1981, pág. 131-132).

“Todo el mundo conoce la verdad. Nuestra vida depende de cómo elegimos distorsionarla”.

La afirmación de Shakespeare da pie a Benjamín Farrington para definir la filosofía como el comienzo de la era de la razón y del propio autodomínio del hombre frente a su anterior dependencia de los dioses, es decir, de fuerzas irracionales:

“El Aquiles de Homero es un hombre que ha escogido su destino. Es mejor una vida corta con honor que una vida larga y oscura. El caballeroso Héctor hace su elección en el transcurso del poema. Y el heroico temperamento de Ajax se revela, tal como señaló la crítica griega, en su plegaria a Zeus, cuando una espesa niebla ha rodeado el campo de batalla. “¡Haz el día claro y permítenos ver. Haz que así sea y una vez haya luz, destrúyenos!” Así sea, pero con luz. El grito de emancipación intelectual resuena a lo largo de la literatura griega en cien fórmulas que proclaman el saber como fundamento para una vida verdadera. Tal es el sentido de la mejor sentencia de Platón: <Una vida sin reflexión no es vida para un hombre>. Esta concepción del hombre como rector en cierta medida de su destino, da a los caracteres humanos de la *Iliada* una grandeza moral nueva. A su lado las figuras de los dioses homéricos se desvanecen en la insignificancia. Son sentidos más como mecanismo poético que como objetos de culto o de miedo supersticioso. Esta nota secularizada que destaca en la *Iliada* es también característica de los comienzos del pensamiento científico griego, durante el siglo VI a. C.”⁵.

El párrafo anterior describe con claridad el objetivo de la Filosofía: la *emancipación* del hombre, la liberación de todas las fuerzas que lo esclavizan, con la superstición y la ignorancia sobre todas las demás; tiene un instrumento poderoso para ello: la razón.

Los libros de Filosofía suelen designar a este proceso con el manido tópico con que suele describirse el nacimiento de la filosofía: “el paso del mito al logos”, de la magia a la razón, de la fábula a la descripción racional. Ese carácter secularizado, mundano, tiene una expresión concreta en la frase del sofista Protágoras – sobre la que volveremos más adelante - cuando, al defender la inevitable primacía de la razón, dice que

⁵ Benjamín Farrington, *Ciencia y filosofía en la antigüedad*, pág. 29.

“en lo que se refiere a los dioses, no tengo modo de saber si existen o no. Pero hay muchos obstáculos que impiden su conocimiento: la oscuridad de la misma pregunta y la brevedad de la vida humana”.

Es decir, que no me pregunten acerca de aquello sobre lo que no puedo reflexionar, sino solo adivinar o elucubrar.

La persona es el único ser viviente en la Tierra que vive lo que le rodea como algo distinto de él. Al revés que los animales, no vive en simbiosis con la Naturaleza pero habita en ella. Por eso puede formularse la pregunta acerca de qué es lo que le rodea, qué es lo que hay en su entorno, qué es lo real. Digamos que, en principio es ésta una pregunta "filosófica", y una pregunta de tal importancia que, en opinión de Ortega y Gasset, si en un determinado momento el hombre perdiera la capacidad de formularse, quedaría "estupefacto", es decir, atónito y pasmado: atontado.

La "estupefacción" consistiría en la pérdida de sentido de las cosas. Cada cosa sería ella misma y nada más. Y el hombre viviría prendido en la inmediatez de los hechos, en la tozudez de lo cercano, en lo prosaico de lo cotidiano: sería una especie más. Pero nada de eso ha ocurrido en la historia humana sino todo lo contrario. Tenemos una inagotable capacidad para preguntarnos siempre: por qué, por qué, por qué. Sólo nosotros, pasiones inútiles o polvo enamorado, o ambas cosas, nos hemos preguntado, nos preguntamos y nos preguntaremos - espero -, hasta la exasperación, cosas que aparentemente son insolubles. Algunas de ellas las concreta Russell en ese texto inolvidable con el que comienza su autobiografía y que a muchos nos gustaría poder repetir al final de nuestra vida, porque reflejan esas tres pasiones, el ansia de amor, la pasión por el conocimiento y el compromiso con una especie humana que sufre más de lo que debiera, sin duda como precio de su libertad.

“Para lo que he vivido: Tres pasiones, simples, pero abrumadoramente intensas, han gobernado mi vida: el ansia de amor, la búsqueda del conocimiento y una insoportable piedad por los sufrimientos de la humanidad. Estas tres pasiones, como grandes vendavales, me han llevado de acá para allá, por una ruta cambiante, sobre un profundo océano de angustias hasta el borde mismo de la desesperación. He buscado el amor, primero, porque comporta el éxtasis, un éxtasis tan grande, que a menudo hubiera

sacrificado el resto de mi existencia por unas horas de ese gozo. Lo he buscado, en segundo lugar, porque alivia la soledad, esa terrible soledad en que una conciencia trémula se asoma al borde del mundo para otear el frío e insondable abismo sin vida. Lo he buscado, finalmente, porque en la unión del amor he visto, en una miniatura mística, la visión anticipada del cielo que han imaginado santos y poetas. Esto era lo que buscaba, y, aunque pudiera parecer demasiado bueno para esta vida humana, esto es lo que - al fin - he hallado. Con igual pasión he buscado el conocimiento. He deseado entender el corazón de los hombres. He deseado saber por qué brillan las estrellas. Y he tratado de aprehender el poder pitagórico en virtud del cual el número domina al flujo. Algo de esto he logrado, aunque no mucho. El amor y el conocimiento, en la medida en que ambos eran posibles, me transportaban hacia el cielo. Pero siempre la piedad me hacía volver a la Tierra. Resuena en mi corazón el eco de gritos de dolor: niños hambrientos, víctimas torturadas por opresores, ancianos desvalidos, carga odiosa para sus hijos, y todo un mundo de soledad, pobreza y dolor convierten en una burla lo que debería ser la existencia humana. Deseo ardientemente aliviar el mal, pero no puedo, y yo también sufro. Esto ha sido mi vida. La he hallado digna de vivirse, y con gusto volvería a vivirla si se me ofreciese la oportunidad. (B. Russell, *Autobiografía*.)

Sublimes palabras. Pero como la Filosofía es también una profesión, “un medio de vida” (no cabe más remedio que descender a lo vulgar) pues hay una carrera universitaria que da un título que habilita para ejercerla y que un grupo de personas se gane la vida con ello. Pero también decía Montaigne en sus *Ensayos* (s. XVI) que además de ser un medio de vida, la Filosofía es, sobre todo, una forma de vida.

El dilema, luego abundaremos en ello, es tener la habilidad para convertir la profesión en hobby y el hobby en profesión. Lograr esto es muy difícil, pero el que lo logra puede alardear de una habilidad personal y social notable y que el ir a trabajar los lunes a las 8 de la mañana no sea una tortura como lo era para mi padre ir a su oficina durante 36 años.

7. “Estudiar” Filosofía.

Pero la Filosofía tiene otra cualidad notable: está al alcance de cualquiera; bueno, de cualquiera que reflexione un poco, lo cual no es muy frecuente, pero con reflexionar un poco basta. Reflexionar

someramente es, por ejemplo, pensar que no parece justo que al camello que utilizan para pasar droga en un aeropuerto le caigan diez años de cárcel y el “Eje de las Azores” que ha sembrado más terror en el mundo que casi ningún dictador anterior siga en la calle con toda impunidad. Reflexionar someramente es preguntarnos por qué si acabar con el hambre en el mundo solo cuesta 22.000 millones de euros los países solo son capaces de recaudar 2.000 y sin embargo los gobiernos acuden veloces en apoyo de los bancos con varios billones – billones – de dólares ¿No decía la Declaración Universal de los Derechos del Hombre que todos somos iguales por nacimiento y en derechos?, ¿qué pasa aquí?

Por estas líneas caminaremos en nuestro repaso de lo que puede hacer la Filosofía para cambiar nuestra angustia en cabreo, que es mucho más sano y, además no nos deja en la parálisis, sino que nos empuja a la acción para cambiar ese tipo de cosas en la pequeña medida que está a nuestro alcance.

Por ejemplo, como veremos más adelante, tendríamos la tentación de asentir a la afirmación de Fukuyama de que ha llegado “el fin de la historia” con la caída del imperio soviético y el triunfo final del capitalismo liberal. Eso decía Fukuyama en 1989. Por si no fuera poco el sarcasmo con el que muchos hemos releído aquellas páginas a la luz de la crisis del capitalismo en la última parte de 2008, ya antes insistíamos en que la historia no puede terminar porque sería señal de que ha conseguido su objetivo, pero la historia no tiene objetivos, no tiene sentido, no tiene “propósito alguno discernible”, luego decir que “la historia termina” es atribuirle animistamente un propósito finalista y teleológico que no tiene.

Además, si tuviera ese fin, ¿quién se lo habría prescrito? Es como tomar al pie de la letra el título de Richard Dawkins, *El gen egoísta*; el gen no puede ser egoísta porque el término “egoísta” tiene connotaciones morales que no existen en la naturaleza; se rige únicamente por el 2º principio de la termodinámica, aplicado en este caso a la estructura replicativa de las moléculas que tienden a reproducirse invariablemente hasta 600 millones de veces y solo una vez de esos 600 millones de posibilidades se produce una mutación debida al azar y la necesidad, como decían los atomistas griegos, que es la base de la evolución.

De la misma manera sabemos que la naturaleza humana en sí misma considerada es una entelequia, una ficción, no existe en la realidad, solo en la mente; lo decían Freud y Marx en el siglo XIX y nadie ha podido

demostrar lo contrario hasta hoy: el ser se determina socialmente: yo soy lo que soy a partir de mi código genético pero mi medio social, geográfico, cultural, económico, lo configura de manera tan genuina, que yo soy lo que mi medio en buena medida determina.

Los científicos tienen claro el objeto de su estudio, pero ¿por qué una persona se decide por dedicar su vida a una tarea aparentemente “in-útil” como la de estudiar Filosofía? Hay una explicación para casi todo en la vida; diré aquí por qué decidí estudiar Filosofía, una carrera muy poco corriente y, como digo, bastante “in-útil” en apariencia. Si me hubieran explicado bien la Filosofía en el colegio Chamberí de los Hermanos Maristas de Madrid, la habría entendido y entonces no la habría estudiado⁶.

Pero en ese colegio, en bachillerato, mis profesores de Filosofía – por llamarles de alguna manera no ofensiva - fueron Juanito Pelotas y El Ruso, apodos sádicos de dos especímenes, supongo que humanos (no sé si eran racionales, pero, en cualquier caso, eran bípedos implumes) a los que debo mi vocación filosófica, bien es verdad que a través del indirecto e improbable camino de la motivación compensatoria: no era posible que los filósofos hubieran dicho aquella sarta de estupideces inexplicables; no era posible que aquel engendro al que llamaban Filosofía pudiera ser tan engendro.

Desde luego, era capaz de entender a qué venía el teorema de Pitágoras, aunque solo fuera a cuento de un maniático padre de familia egipcio que quería repartir entre sus dos hijos un campo cuadrado dividido por la diagonal, sin tener en cuenta lo mucho que iba a torturar este capricho a toda la adolescencia humana posterior, pero no podía yo entender por qué Descartes hacía la pelota a los teólogos de la Sorbona diciendo que Dios era la clave de su sistema cuando resultaba una hipótesis superflua, un “deus ex machina” innecesario: quizás por eso; o por qué el riguroso y reprimido pietista Kant expulsaba a Dios de la Historia de la Filosofía. Por el contrario, recuerdo con inmenso placer mis aventuras a los doce años, acompañando a Ned Land y al profesor Aronnax en el submarino del capitán Nemo, porque allí aprendí más física y geografía que en las insoportables clases del “Catilina” o el “Masca[brón de todos]”.

También es verdad que esa motivación compensatoria para estudiar Filosofía no obró de manera directa, sino después de largos esfuerzos y

⁶ Las siguientes peripecias las he desarrollado más en detalle en *Anochece y aún no he leído todos los libros*, Editorial Europa viva, Madrid 2008, capítulos 2 a 5.

desviaciones inconscientes. El hecho es que pretendí husmear, a través de la Facultad de Geología, en las entrañas maternas, sublimadas en la Tierra, con la pretensión de llegar a paleontólogo (ya andaba por allí Teilhard de Chardin enciscando en el asunto) hasta concluir que no merecía la pena intentar explicar el ente fósil, el ente vivo, el ente móvil, el ente auto- móvil, etc., si me podía dedicar directamente al ente (el ser), objeto aparente de la Filosofía, sin más intermediarios.

Pero mi preocupación por el ente en aquella época no era tan abstracta ni tan directa. Me apasionaba en aquel tiempo la Historia de la Ciencia; sin embargo, la estructura de los estudios universitarios en España era tan peculiar que solo podía estudiar esa Historia acudiendo a la cátedra de Medicina Legal que impartía Laín Entralgo, creo recordar que en 6º de Medicina, donde tenía ayudantes que luego tuve la suerte de consultar y leer cuando comencé a averiguar los episodios de la llamada “polémica de la Ciencia española” en los siglos XVIII y XIX. Me refiero a José Luis Peset y demás.

Así que, tras convencer a mi padre de que se podía comer de algo tan bello e inútil como la Filosofía, pero que, al igual que Tales de Mileto, no merecía la pena dedicarse a buscar eso como un fin en sí mismo, sino solo como un puro medio, me encontré con el dichoso interrogante de por qué narices se les habían ocurrido a los filósofos aquellas especulativas tonterías.

Recurrí, pues, a la Facultad de Filosofía y Letras y, a la vez que hacía los tres años de especialidad, preparaba un hipotético programa de Historia de la Ciencia que luego tuve la suerte y la oportunidad de poder explicar en la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid desde el año 1973, el del malhadado calendario juliano, aquel insólito ministro que se le coló de rondón a Franco, quien según cuentas las malas lenguas decidió hacer ministro al Rector de la Autónoma, creyendo que era Sánchez Agesta, pero el Rectorado lo ocupaba ya el tal Julio Rodríguez, a quien, según relataban las mismas malas lenguas, nadie conocía cuando acudió al primer Consejo de Ministros.

En ninguna Facultad de las Universidades de Madrid, salvo el relatado caso de Medicina, se podía cursar la Historia de la propia materia que daba nombre a su Facultad. Afortunadamente, por los años ochenta el asunto se obvió de la manera adecuada, de modo que cuando mi hija estudió Biológicas, ya se podía cursar la Historia de la propia Biología, et sic cetera.

Así que pasé de la concreta y vulgar Facultad de Ciencias (Subsección de Geológicas, que impartía sus enseñanzas entonces en el denominado Pabellón V de la Facultad de Medicina) a la etérea y especulativa Facultad de “Filosofía y Letras” (entonces se llamaba así) de la “Universidad Central” (pues así se denomina la actual Complutense, que, como su propio indica, no está en Alcalá), y tras leer el magnífico e inexacto cartelito de mármol que figura a la entrada (“siste viator...”, “detente caminante”...) pasé cinco años intentando resolver la cuestión en cuestión y tampoco lo logré por mano de mis maestros.

Los mejores y pocos maestros que tuve en aquella Facultad de Letras no fueron de la “especialidad”, sino de los cursos “comunes” – mi sentido y grato homenaje y recuerdo al historiador Vicente Cacho Viu – insólito secretario del fundador del Opus y antifranquista de pro que me enseñó a investigar en la entonces cerrada biblioteca del Ateneo madrileño; la literata Pilar Palomo, a través de la cual entré en el alma de don Quijote ... y de Sancho, que también tenía alma, y pude entender por qué la armadura de don Quijote era la negativa al aburguesamiento, como la chaqueta de Charlot era la negativa a la proletarización; y, por fin, el arabista Pedro Martínez Montávez, que más que un profesor fue un amigo que tuvo la osadía de pretender introducir a un PNN como yo en el improbable papel de Vicedecano de Filosofía de la Autónoma. De estos me acuerdo y estos son los que son.

Mientras, tuve que hacer esfuerzos para seguir estudiando Filosofía, bien es verdad que a pesar de los esfuerzos continuos pero imposibles que hacían los profesores de la especialidad para que la abandonáramos. Si no, que se lo pregunten a Fernando Savater que le suspendieron la tesina y tuvo que regalarles un ejemplar de su *Filosofía tachada* para que aprendieran algo. Por ejemplo, recuerdo las cosas rarísimas que decía el llamado filósofo del régimen franquista, Muñoz Alonso: “la misión del filósofo es meterse dentro de sí mismo y comerse su propia alma”, o declaraba que “su misión como filósofo era partir del falangismo para llegar a la santidad” y, en los ratos libres “llegar a demostrar que Jesucristo era Dios”. Son citas literales escuchadas en clase. En cualquier caso prefiero leer a Schiller cuando dice que “si el alma habla, entonces ya no es el alma la que habla”.

Eran tiempos lúgubres, era el “tiempo de silencio” de Luis Martín Santos. Era la España triste del racionamiento, los sabañones, las canciones para después de una guerra, la bomba de Palomares, la bofetada a Hilda, la

España de purísima y oro que describe Sabina entre gemidos de tristeza y hambre y además de “estudiar” en la Facultad nos dedicábamos a muchas más cosas: aprobar bastantes asignaturas que se nos habían quedado “pendientes” en la vida, luchar contra la dictadura, etc.

En efecto, mi peripecia con la filosofía no puede ser independiente del mayo del 68, sobre todo porque la Facultad nos parecía un cementerio de elefantes trasnochados, alejada de nuestras preocupaciones cotidianas: la libertad, la democracia, el derrocamiento de la cultura burguesa... y aquellas cosas encontraban eco en la filosofía, de la mano, sobre todo, de Freud y Marx, en versión directa o a través de Marcuse.

Habían pasado ya los nacionales y habían rapado a la “señá Cibeles”, como dice Sabina, y en mi colegio los Hermanos Maristas pegaban, y pegaban con saña (dicen que también por amor a Dios y por mi bien); no parecían haber entendido lo de Aristóteles: que para aprender es preciso tener el ánimo vacante. Así que, cuando comencé mi tarea de dómine y me planteé cómo hacer y qué hacer, como profesor de Filosofía, lo tuve claro: lo contrario de lo que han hecho conmigo. Eso incluía intentar enseñar a mis alumnos eso que ahora llaman aprendizaje significativo, y que entonces no se llamaba de ninguna manera porque no existía, ya que los cognitivistas y constructivistas lo estaban inventando. Eso suponía también “encontrar el contexto”, cosa tan difícil entonces como encontrar a “Porfia”, aquella señora a la que había que ir con flores todos los meses de mayo, justo “cuando las estrellas clavan rejones al agua gris, cuando los erales sueñan verónicas de alelí”, a las cinco de la tarde, “las cinco en sombra de la tarde”, ¡ qué negras cinco de la tarde!, la hora de la sangre derramada de Ignacio Sánchez Mejías, pero también la hora de aquel maldito “poporrutas imperiales, caminando hacia Dios”.

Pues bien, yo me dediqué a “buscar el contexto” como segundo objetivo pedagógico básico. Es decir, por qué Descartes, feo pero resultón, se evadía de las demandas sexuales de la reina Cristina para engañarla con las ideas innatas, pues ya he citado el descubrimiento de El Gallo, el torero, de que hay gente “pa tó”.

Dice Russell que en la adolescencia le gustaba mostrarse varonil, en general y que de las ganas de suicidarse le libraron las ansias de aprender matemáticas. Verdaderamente, del hastío y el aburrimiento de un lunes a las 8,30 de la mañana solo pueden librarte las ganas de enseñar filosofía a adolescentes con las neuronas y las hormonas reburdeando tras los excesos del “finde”, y encima a uno le pagan por hacer algo que le gusta,

como a Sabina por cantar. Parafraseando a Nietzsche, me imagino filosofando a martillazos; sin embargo, esa imagen adquiere en mí tintes distintos: me imagino ensanchando a golpes intelectuales las conexiones neuronales de mis alumnos, siempre con la idea fija de que su inteligencia está en función de las palabras que dominan y que, a modo de Sócrates moderno, corrompo su ignorancia sin tener que beber cicuta como él, pero horrorizado del filisteísmo cultural imperante en la polis.

Los filósofos somos un poco necios. Cómicos, pero necios. ¡Siempre con los “principios” a vueltas! Si no, ¿cómo se entiende la broma de Sócrates que paga con su vida la testarudez de tocarle las narices a Menón y dejar mal a Esculapio, pues éste, a pesar del sacrificio del gallo, no es capaz de salvar la vida de Sócrates dejando mal a todos los que siempre han atribuido espectaculares poderes a los dioses? Los filósofos siempre hemos hecho lo mismo: ¡qué se fastidie el capitán, que ahora no como!

De todas formas, como en mi hambre mando yo, ¡qué elegante es dedicarse a una hermosura inútil como la Filosofía! aunque solo sea para mantener una pose cínica y terminar diciendo que la virtud no se puede enseñar, cuando no se ha hecho otra cosa a lo largo de todo un diálogo, como hace Sócrates en *Menón*.

Mi obsesiva preocupación a lo largo de los años de profesor de filosofía ha sido intentar que mis alumnos entendieran las razones de las preguntas que se hacían los filósofos, con independencia de las respuestas que dieran en cada momento. Decía Ortega que la claridad es la galantería del filósofo. Lo comparto plenamente. Sólo es fácil lo que se entiende; eso pretendía, que entendieran las preguntas porque solo así se pueden entender las respuestas para estar de acuerdo o en desacuerdo con ellas. Luego ya, en el momento de elegir oficio o carrera, a uno le gusta el periodismo, a otro la mecánica y a otro la informática.

Por cierto, ahora que ya estoy jubilado estaría en condiciones de responder a mi padre si aún estuviera vivo: efectivamente, de la Filosofía se puede comer; poco, pero lo suficiente, ¡que tampoco hace falta más!

8. ¿Y qué se estudia en Filosofía?

Sin embargo, los que nos dedicamos a la filosofía tenemos un problema algo arduo que ya he introducido antes: si se le pregunta a un matemático a qué se dedica contesta que a contar; un físico estudia el comportamiento externo de los cuerpos; un químico, su composición

interna y así sucesivamente, pero repátese la definición de filosofía que hace Pitágoras y leeremos que el filósofo “interpreta lo que sucede”. Respuesta ambigua donde las haya. Los de Filosofía aun lo hemos tenido más difícil porque no pertenecemos al gremio de la “ciencia”, sino al ámbito del “discurso racional no demostrable”, si es que existe una cosa tal, ese terreno intermedio entre la ciencia y la literatura.

Repito lo de Platón: la Filosofía es la vida hecha reflexión; una vida sin reflexión no es vida para un hombre. Pero cuando la reflexión suplanta a la vida, algo que denunció apasionadamente Nietzsche, se hace falsa, traiciona su misión más genuina y eso también lo han denunciado muchos filósofos:

- Se convierte en una hipostasis falsa como afirma Habermas en *Ciencia y técnica como ideología*; lo veremos más adelante.
- es decir, se transforma en una ideología en el sentido que decía Marx, una forma errónea de conciencia, una alienación: Hacer *Filosofía de la miseria* (obra de un socialista utópico, Proudhon) es *La miseria de la Filosofía*: la miseria no admite reflexiones, sino su eliminación directa y perentoria. En aceptar eso radica la alienación ideológica. Pero, partiendo de la misma intuición de Nietzsche, Marx no niega la reflexión, sino la conversión de la Filosofía en solo reflexión, es decir, en solo *theorein*, teoría, olvidando que la razón práctica –*praxis*- tiene tres dimensiones: lo útil, lo bello, lo bueno. Este es el sentido de la tesis 11 sobre Feuerbach: los filósofos se han limitado a contemplar el mundo, cuando lo que hace falta es transformarlo.
- Es también la crítica de Nietzsche a la idea de que la razón se opone a la vida. Es la oposición entre Apolo y Dionisos, el control racional y la exaltación pasional. Con Sócrates y luego con Platón nacía y se consolidaba la tendencia apolínea de la claridad de la ciencia, de la razón que excluye al arte, que excluye la pasión y la naturalidad en el vivir. El socratismo, como fenómeno histórico, es la oposición de la razón al instinto, la luz de la razón contra los apetitos oscuros. Frente a lo socrático Nietzsche opone lo dionisiaco, el decirle sí a la vida con su angustia y con su “des-esperanza”, con los problemas más duros, con el dolor y con la enfermedad, pero también con el placer y con el entusiasmo.
- Es la crítica de Francis Bacon a la Filosofía cuando en *La gran restauración* llama a Platón miserable sofista por haber convertido la Filosofía solo en reflexión, en “ideas”, olvidándose de las condiciones materiales de la vida humana:

“Además vale la pena tomar nota de la fuerza, la virtud y las consecuencias de los inventos, especialmente manifiestas en aquellos tres inventos desconocidos de los antiguos y cuyo origen, aunque reciente, es oscuro e ignoto: me refiero a la imprenta, la pólvora y la brújula. Estas tres cosas han cambiado la faz del mundo y las condiciones de la vida humana... Ellas han causado innumerables cambios, de forma que ningún imperio, ninguna secta, ninguna estrella parece haber ejercido mayor eficacia y mayor influjo sobre las cosas humanas del ejercido por esos inventos mecánicos”.

No puedo evitar comprobar que cualquiera de los clásicos problemas filosóficos históricos sigue hoy vigente: veamos algunos ejemplos:

- ¿está el Estado al servicio del ciudadano?
- ¿es necesario el Estado?, ¿para qué?, ¿para garantizar solo la libertad de mercado o para garantizar los derechos de todos los ciudadanos – es decir, las necesidades humanas - y redistribuir una riqueza perennemente mal repartida?
- ¿pueden votar los inmigrantes o solo a ellos se les puede hacer esclavos - hoy por métodos más sutiles – como decía Aristóteles en Grecia?...

No puedo por menos que asentir de nuevo a la afirmación de Farrington: la Historia de la Filosofía no es más que un conjunto de apostillas a la Filosofía de Platón. Debo explicar que la razón es que Platón ya enumeró en buena medida el mismo conjunto de problemas que perturban la vida humana o le dan razón de existir para intentar aclararlos hasta donde pueda. Debo aclarar también ahora que no es cierta esa “boutade” que algunos “gauchistes” divinos nos arrojan a la cara: es mentira eso de que cuando teníamos las respuestas nos cambiaron las preguntas; las preguntas siguen siendo las mismas y nunca hemos tenido las respuestas.

9. El objetivo de este pequeño libro

El objetivo de este pequeño libro no es adentrarme en el enésimo, erudito y estéril debate sobre la distinción de razón en Suárez o los indiscernibles en Leibniz, sino tratar de entender por qué sentencia Platón que una vida sin reflexión no es vida para un hombre, por qué dice Aristóteles que ser bueno no solo es más bueno sino que, además, es más elegante, por qué denuncia Marx que el mundo se divide en explotadores y explotados, por

qué advierte Camus por boca de Calígula que hacer daño a los demás es la única forma de equivocarse y qué relación tiene eso con la afirmación de Kant de que el hombre no es un medio sino un fin...

Por ejemplo, me parece impropio no vincular el nacimiento de la polis griega, el sinecismo o sinoecismo, en tiempos del mítico Teseo, con la necesidad de autoprotegerse de las “razias” de los piratas, es decir, la necesidad de seguridad, y la consecuencia de reestructurar “la justicia en la ciudad”; ¿no es algo parecido lo que se plantea en EEUU tras el atentado de Las Torres Gemelas? ¿No hay una estricta relación entre seguridad y libertad? ¿Es preferible, como afirmó alguien, morir asesinado en el metro de Nueva York a morir de aburrimiento en el metro de Moscú durante el régimen soviético? ¿Es la seguridad el objetivo final de nuestra existencia?, ¿merece la pena una vida segura sin libertad? ¿hasta dónde estoy dispuesto a ceder en esta cuestión?

El tono general de estas líneas no quiere ser, pues de erudición y citas exclusivamente. Pretendo usar un lenguaje directo, derivado inmediatamente de las preocupaciones y problemas más cotidianos de los ciudadanos y ciudadanas tomando como excusa la inabordable gama de ideas, sugerencias, respuestas, que se me han planteado como ciudadano y como profesor de Filosofía que cada curso tenía que abordar un dilema aparentemente insoluble: preparar a mis alumnos para que aprobaran un examen de Filosofía en 1º de Bachillerato y en la Selectividad y, a la vez, tuvieran un contacto con la Filosofía que lograra hacer efectiva la sugerencia de Sócrates y Montaigne: mis alumnos y alumnas no son copas que llenar sino llamas que encender.

No querría ser, en definitiva, otro ejemplo de que los filósofos se han limitado a contemplar el mundo. Por eso, la Filosofía, además de un consuelo, es para mí no un fin sino un instrumento. Si no lo hubiera dicho Althusser, me gustaría decirlo a mí por primera vez: la Filosofía como arma de la revolución. No dudo de que jamás veré una cosa así. No lo espero porque la esperanza no es humana (intentaré mostrarlo a propósito de Camus). Solo trabajo por ello, en la escasa medida de mis posibilidades y de mis fuerzas. Como Sísifo.

La selección de autores y temas es absolutamente subjetiva y no responde a la importancia social o académica que se presta a un filósofo sobre otro, sino a los aspectos del pensar y decir de los filósofos que más me han acercado a entender el corazón de los hombres, sus pesares y agobios, sus contradicciones y la forma de encarar ese conjunto de preguntas que solo

nuestra especie puede hacerse sin esperar encontrar nunca una respuesta definitiva. Lo mismo que el título, *Filosofía para pensar por la calle*; títulos así están de moda, como *Más Platón y menos Prozac*.

Los asuntos que debatiremos en los próximos capítulos serán:

- Origen, naturaleza, organización y legitimación del poder en la sociedad occidental I: La polis griega y sus secuelas. El juicio de Sócrates.
- Origen, naturaleza, organización y legitimación del poder en la sociedad occidental II: La lucha por la secularización del poder: las revoluciones modernas y contemporáneas.
- La función de la razón: Los dioses en la vida humana; el papel del conocimiento.
- Los siglos XIX y XX: libertad y Organización; Civilización y Barbarie
- El fin de la historia, el choque de civilizaciones, el miedo a los bárbaros. El Informe Lugano y la supervivencia del capitalismo.

Wittgenstein decía que no aceptaba debilitar su pensamiento para hacerlo inteligible. Ha sido una máxima que he procurado seguir siempre yo también; me parecía una galantería y un respeto necesarios para el que se acerca a leer algo. En esta ocasión, con el objeto de que este libro no quede “libresco”, es decir, no se quede como algo exclusivo “para los de mi gremio”, he renunciado en alguna medida a ello. Por poner un ejemplo somero, en el momento adecuado prescindo del análisis kantiano de la diferencia entre el reino de los medios y el de los fines y del análisis de la libertad y la existencia de Dios como “aprioris” de la moralidad para limitarme a considerar la afirmación central de Kant de que el hombre no es instrumento de nadie ni para nadie, sino que es un fin en sí mismo por su propia dignidad.

Ahora que me acabo de jubilar, es decir, que he acabado mi vida laboral pero no mi actividad vital, me gustaría que estas líneas fueran reflejo de lo mucho y bien que he disfrutado con la Filosofía. Aunque pudiera parecer demasiado, he conseguido que mi trabajo fuera mi afición y mi afición se convirtiera en mi trabajo. La Filosofía ha sido una consolación, un hogar confortable y familiar en el que he encontrado acomodo a mis inquietudes y necesidades intelectuales y humanas. Eso sin contar el agradecimiento hacia mis alumnos y alumnas por la atención, aparentemente apasionada, además de educada y galante, con que me escuchaban en clase y participaban en ella. Gracias.

Quiero terminar esta introducción con una paráfrasis de la poesía de Celaya que marcó nuestra adolescencia y juventud en aquel mayo del 68 único, irrepetible, insustituible... e inútil. Basta sustituir el término “poesía” por “filosofía”. Eso es lo que pretendería decir en este libro.

Poesía Filosofía urgente: la Poesía Filosofía es un arma cargada de futuro (paráfrasis de Celaya)

Cuando ya nada se espera personalmente exaltante
mas se palpita y se sigue más acá de la conciencia,
fieramente existiendo, ciegamente afirmando,
como un pulso que golpea las tinieblas,
Cuando se miran de frente
los vertiginosos ojos claros de la muerte,
se dicen las verdades:
las bárbaras, terribles, amorosas crueldades:
Se dicen los poemas
que ensanchan los pulmones de cuantos, asfixiados,
piden ser, piden ritmo,
piden ley para aquello que sienten excesivo.
Con la velocidad del instinto,
con el rayo del prodigio,
como mágica evidencia, lo real se nos convierte
en lo idéntico a sí mismo.

**Poesía Filosofía para el pobre, poesía Filosofía necesaria
como el pan de cada día,
como el aire que exigimos trece veces por minuto,
para ser y en tanto somos dar un sí que glorifica.
Porque vivimos a golpes, porque apenas si nos dejan
decir que somos quienes somos,
nuestros cantares no pueden ser sin pecado un adorno.
Estamos tocando el fondo.**

**Maldigo la poesía Filosofía concebida como un lujo
cultural por los neutrales
que, lavándose las manos, se desentienden y evaden.
Maldigo la poesía Filosofía de quien no toma partido hasta mancharse.
Hago más las faltas. Siento en mí a cuantos sufren
y canto respirando.
Canto, y canto, y cantando más allá de mis penas
personales, me ensancho.
Quisiera daros vida, provocar nuevos actos,
y calculo por eso con técnica, qué puedo.**

Me siento un ingeniero del verso y un obrero
que trabaja con otros a España en sus aceros.
Tal es mi pœsía Filosofía: Pœsía Filosofía-herramienta
a la vez que latido de lo unánime y ciego.
Tal es, arma cargada de futuro expansivo
con que te apunto al pecho.
No es una pœsía Filosofía gota a gota pensada.
No es un bello producto. No es un fruto perfecto.
Es algo como el aire que todos respiramos
y es el canto que espacia cuanto dentro llevamos.
Son palabras que todos repetimos sintiendo
como nuestras, y vuelan. Son más que lo mentado.
Son lo más necesario: Lo que no tiene nombre.
Son gritos en el cielo, y en la tierra, son actos.